

## *¿Una misión sin importancia?* *El P. José J. Cotanilla en la Santo Domingo* *española (1861-1862)*

*Francisco Javier GÓMEZ DÍEZ*

En diciembre de 1861, poco después de la reincorporación de la República Dominicana a la soberanía española, el capitán general de Cuba, Francisco Serrano, envió a tres jesuitas, los padres Francisco Maruri, José Joaquín Cotanilla y Luis Feliu, para evaluar el estado de la educación en la isla y la posibilidad de establecer un colegio. Siendo Maruri el superior de la misión, es el prolífico P. Cotanilla quien ha transmitido más información sobre ella. Los misioneros sólo estuvieron en Santo Domingo 17 días, la misión predicada dio muy escasos frutos y del colegio nadie volvió a hablar. Es muy probable que los jesuitas esperasen, incluso antes de partir, muy poco de su viaje y lo emprendieran, como tantas otras cosas en la Cuba del siglo XIX, por satisfacer los deseos de la autoridad civil. Con todo, la aventura ilumina aspectos interesantes de la realidad dominicana de entonces.

### *1. LA REINCORPORACIÓN DE LA REPÚBLICA DOMINICANA A LA CORONA ESPAÑOLA<sup>1</sup>*

Al poco tiempo de que España, en el Tratado de Basilea de 1795, cediese a Francia la parte oriental de la isla de Santo Domingo, los revolucionarios haitianos

---

<sup>1</sup> Entre las obras dedicadas a este tema destacan las de Jaime de Jesús DOMÍNGUEZ: *La anexión de la República Dominicana de España*, Santo Domingo, Universidad Autónoma de Santo Domingo, 1979; Eduardo GONZÁLEZ CALLEJA y Antonio FONTECHA PEDRAZA: *Una cuestión de honor: la polémica sobre la anexión de Santo Domingo vista desde España (1861-1865)*, Santo Domingo, Fundación García Arévalo, 2005, y Cristóbal ROBLES MUÑOZ: *Paz en Santo Domingo (1854-1865): el fracaso de la anexión a España*, Madrid, CSIC, 1987.

la invadieron. El nuevo orden, que parecía pretender la introducción por decreto del modelo económico que había garantizado la prosperidad de Haití, abolió la esclavitud, prohibió la venta de tierras sin autorización del Estado, ordenó que los campos fueran sembrados de caña, café, algodón y cacao y prohibió la exportación de caoba. Al mismo tiempo, afirmó en su constitución el carácter indivisible de la isla. Era difícil conciliar dos mundos tan distintos como el dominicano y el haitiano, pero Haití, tras conseguir su independencia en una guerra brutal, temía las posibles reacciones de las naciones esclavistas, como Estados Unidos o España, y, por eso, consideraba vital para su seguridad el control de la República Dominicana. De este modo, los conflictos se prolongan durante décadas.

Napoleón, nada dispuesto a perder el control sobre su rica colonia, envió una expedición de 22.000 soldados, que, con ayuda de los dominicanos, pudo ocupar la parte oriental de la isla, pero no derrotar a los haitianos. La isla volvió a dividirse, sujeta la parte española a control francés. En 1805, los haitianos volvieron a invadir la isla, sitiando larga y brutalmente la capital, pero sin éxito. Tres años después, al socaire de lo sucedido en España y con ayuda inglesa, estalla un movimiento profernandino y expulsa a los franceses, primero de hecho y en 1814 con el reconocimiento de Francia. En noviembre de 1821 otra revuelta proclama el «Estado independiente de la parte española de Haití», bajo la deseada y aparente protección de la Gran Colombia. Protagonizada por la burocracia desengañada de Fernando VII y carente de apoyo popular, sólo alentó la intervención de Haití y una nueva anexión, prolongada hasta 1844. Los haitianos cometieron numerosos errores, los conflictos no fueron pocos y la situación social era, en 1822 y en 1844, muy crítica.

El dominicano era un pueblo esencialmente agrícola. El cultivo del tabaco representaba la base de la economía del norte, especialmente en el Cibao, mientras que en el sur y en el este persistía el latifundio forestal, que se basaba en la ganadería y el corte de maderas preciosas para la exportación. Las relaciones comerciales del país dependían en primer lugar de Gran Bretaña, que vendía anualmente a la República Dominicana por valor de medio millón de dólares. Estados Unidos estaba todavía muy lejos de estas cifras (compraba por valor de 44.300 dólares y vendía por 62.521 dólares en 1859). Lo mismo puede decirse de Francia y, aún más, de España. Con esta los intercambios eran casi inexistentes: se vendían pequeñas cantidades de ganado vacuno y caoba a Cuba.

Aunque en julio de 1838 nació La Trinitaria, una asociación revolucionaria secreta obra de Juan Pablo Duarte, los conservadores, empujados por el miedo

a la agresividad haitiana, buscaron con repetido empeño alguna forma de anexión a cualquier potencia extranjera. Había así un partido proespañol, un minoritario grupo proinglés y otro poderoso, formado en muchos casos por miembros de la administración, partidario de Francia. Con independencia de estas simpatías y de la frecuencia con que cambiaban de bando sus protagonistas, en la violenta lucha por el poder participaban diversos grupos sociales. El primero, formado por la unión de los hateros, que disponían de trabajadores pobres unidos a ellos por lazos clientelares y dispuestos a constituirse en ejércitos personales, con la burguesía comercial capitalina. Su principal líder era Pedro Santana, que gobernaba con el mismo estilo que dirigía un hato: paternalista, autoritario y, no pocas veces, violento. Contra estos se levantaba la pequeña burguesía *baecista* y los hacendados tabaqueros con fincas más pequeñas y, por tanto, otro sistema de liderazgo político.

A finales de enero de 1844, aprovechando una revolución en Haití, la República Dominicana volvió a independizarse. Derrotados los *trinitarios*, Santana tomó el poder e impuso un régimen de poder personal.

El fracaso de una nueva invasión haitiana no condujo a la paz. Durante diez años se prolongó la guerra. Santana, evidentemente, fue incapaz de estabilizar el país. Tanto la guerra con Haití como las pendencias civiles impidieron que se organizara el sistema político. Escaso, por no decir ninguno, fue el progreso experimentado, y el subdesarrollo económico se acentuó mucho más. La fragmentación regional, el clientelismo, la inestabilidad y el caos fueron los resultados y ello, unido a la ambición de Santana, le convencieron aún más de que la República no podía sobrevivir por su propio esfuerzo. Aprovechando la coyuntura internacional nacida de la Guerra de Secesión americana, consumó la anexión a España.

### *La incorporación*

A finales de los años cuarenta España temía que Estados Unidos se situase entre Cuba y Puerto Rico, y hombres tan destacados como el general Prim creían conveniente la anexión de Santo Domingo<sup>2</sup>. Otros eran reticentes. El ca-

---

<sup>2</sup> En enero de 1848, siendo capitán general de Cuba, escribió al general Narváez, ministro de la Guerra, sobre la conveniencia de que Santo Domingo fuese español, argumentando con el apoyo de su población, amenazada por Haití, y con el hecho de que las potencias no podrían quejarse, pues España no había reconocido la independencia dominicana.

pitán general de Puerto Rico creía que la situación de la República Dominicana no afectaba a la marcha de las colonias españolas y que incorporarla no reportaría provecho alguno. Al mismo tiempo, sin embargo, consideraba que si era sometida por Haití o anexionada por Estados Unidos, «podría convertirse en un foco de acechanzas y en un arsenal de guerra contra nuestra seguridad»<sup>3</sup>.

Los dominicanos habían pedido en repetidas ocasiones ayuda a España y en 1854 Santana envió al general Ramón Mella con la intención de conseguir del Gobierno isabelino un protectorado o, aún mejor, el reconocimiento de la independencia. Ambas cosas deberían impedir la invasión haitiana. Por entonces, España, poco entusiasta, deseaba entenderse con Francia y Gran Bretaña para frenar el expansionismo de Estados Unidos, pero en la segunda mitad de los años cincuenta algo importante iba a cambiar.

La rivalidad británica con su antigua colonia comenzó a diluirse: se multiplicaban sus relaciones comerciales, las inversiones inglesas en el desarrollo americano y el convencimiento británico en la utilidad de la expansión estadounidense por Iberoamérica, que, al garantizar el orden, protegería los negocios. En la nueva situación, para asegurar Cuba, podía parecer más útil el control directo de Santo Domingo. Los dominicanos —o al menos Santana— lo tenían claro y decide presionar indirectamente a España.

Fracasada la Misión Mella, ofrece a los estadounidenses la Bahía de Samaná. El cónsul español, Segovia, en una maniobra arriesgada y escasamente diplomática, prestó todo su apoyo a Báez, ofreciendo la nacionalidad española a todo dominicano que la solicitase, lo cual proporcionó a los enemigos de Santana impunidad jurídica. La resistencia de este fue entonces inútil y Báez tomó el poder en julio de 1857. Pero la maniobra del cónsul había sido muy arriesgada y no sólo Francia y Gran Bretaña se quejaron. El ministro de Relaciones Exteriores, Miguel de Lebastida, le escribió, el 10 de julio, acerca de los graves perjuicios que había causado: la administración pública estaba desorganizada por la gran cantidad de funcionarios que se habían inscrito como españoles. La anarquía podía llevar a un pueblo desesperado a entregarse a Estados Unidos; este era el temor español.

---

<sup>3</sup> Cit. ROBLES MUÑOZ (1987), p. 19.

Al acabar los años cincuenta será Santana, otra vez en el poder, quien proponga incorporarse a España. El presidente del Gobierno, Leopoldo O'Donnell, no manifiesta ningún entusiasmo. Teme la reacción de las repúblicas iberoamericanas y de Estados Unidos, que la incorporación no fuera deseada realmente por el pueblo dominicano y, al mismo tiempo, que Santana, de ser rechazado, se eche en brazos de Estados Unidos. En esta situación, contando sólo con el entusiasmo del general Serrano, el 18 de marzo de 1861 el gobierno dominicano planteó al español como hecho consumado una iniciativa prácticamente única: la decisión de un país soberano de reincorporarse a su antigua metrópoli, y en condiciones muy aceptables: la isla gozaría de la condición de provincia española, no se restablecería la esclavitud, se respetaría la moneda dominica, se reconocería la validez de las decisiones tomadas por la República desde 1844 y los naturales no serían preteridos en los cargos de la administración pública. Con Estados Unidos en guerra civil, el gobierno español se lanzó a la aventura, y un Real Decreto, de 24 de abril de 1861, declaró a Santo Domingo parte integrante de la Corona.

Si por parte española las razones para la anexión parecían claras, aunque quizá no acertadas<sup>4</sup>, el análisis de los motivos dominicanos ha generado gran polémica entre los que hablan, con mayor o menor apasionamiento, del interés particular de Santana<sup>5</sup> y aquellos que invocan la necesidad de garantizar la misma supervivencia de la República. No creo que ambos elementos tengan que ser, necesariamente, incompatibles, más cuando el enfermo Santana abría, con su posible muerte, una fase de gran inestabilidad.

La amenaza política y militar de Báez continuaba, pero los miedos de Santana no debían ser falsos ni exclusivamente interesados. Las nuevas emisiones de moneda que ordenó a principios de 1860 intentaban prepararle para resistir una nueva invasión. Además, junto a la amenaza haitiana, el Gobierno se enfrentaba a la bancarrota del Tesoro, que se arrastraba casi desde la independencia, y a la imprevisible actuación norteamericana. Estados Unidos podía aprove-

---

<sup>4</sup> Proteger Cuba y Puerto Rico, recurrir al carbón de Samaná para independizarse del aprovisionamiento inglés e incrementar el comercio entre Cuba y Puerto Rico, al controlar la ruta e incorporar productos dominicanos (madera, carbón, café, tabaco, azúcar).

<sup>5</sup> Los defensores de esta tesis presentan a Santana negociando en el mayor secreto con España, pero quizá lo hacía por miedo a las complicaciones internacionales; afirman que ignoró, en 1860, las propuestas de Haití para firmar una paz duradera, pero muchos autores han dudado de la sinceridad haitiana y sostienen, algo más que discutible, que la *Restauración* fue muy costosa exclusivamente por la resistencia militar española.

char la situación para introducir grupos de aventureros en el territorio nacional, dar un golpe de Estado y apoderarse del gobierno. Lo acababa de hacer en Nicaragua y, en octubre de 1860, Santana se vio obligado a desalojar de la isla de Alta Vela a un grupo de *filibusteros* que había desembarcado allí y proclamado la soberanía norteamericana sobre esta isla.

«Nacida de una decisión política —ha concluido Robles Muñoz<sup>6</sup>— la anexión puede considerarse un error que culminó en un fracaso, cuyas consecuencias son discutibles en su valoración, pero posiblemente haya que afirmar que ni fue una traición ni constituyó un proyecto de explotación contra Santo Domingo. No era España un país en recesión económica y con un gobierno desconocedor de las instituciones políticas liberales, que venía a imponerse a los dominicanos tras la victoria en una guerra de conquista. Pensar que fue así es hacer una historia *patriótica*, que sirve más a la retórica que a la verdad. España estaba en un momento de expansión económica, con un sistema de partidos que habían iniciado la alternancia pacífica en el poder, con unas posesiones en las Antillas que conocían un momento económico y cultural brillante y que contaba entonces con la alianza de dos grandes potencias de Europa. Por eso no era raro que, una vez que salieron los españoles, los problemas continuaron, porque no habían desaparecido los factores que los generaban.»

### *La nueva administración*

Serrano visitó Santo Domingo en agosto de 1861 y, al comenzar septiembre, comunicaba sus impresiones al Presidente del Gobierno: «Debo desde luego manifestar a V. E. sin rodeos ni disimulación de ninguna clase que he encontrado la nueva provincia española de Santo Domingo completamente desorganizada y... con escasísimos elementos que puedan servir para su futura reorganización. Sin hacienda, sin ejército, sin justicia, sin administración, sin legislación definida, sin ninguna de las instituciones que constituyen el organismo de los pueblo cultos, aquel pueblo hacía una vida verdaderamente singular que hasta puede calificarse de milagrosa, si se atiende que durante muchos años ha tenido que sostener una lucha terrible de razas contra un enemigo implacable, superior en número y enclavado dentro de su mismo territorio, que soportar lu-

---

<sup>6</sup> ROBLES MUÑOZ (1987), p. 253.

chas intestinas hijas de las pretensiones de los partidos y que hacer frente a las acechanzas de los extranjeros que trataban de explotar su propia debilidad. Las tierras sin cultivo, los bosques vírgenes todavía, como lo encontraron las plantas de los descubridores, la población escasa; secas todas las fuentes de la producción, muerta la industria, casi desconocido el comercio; por todo agente un miserable papel moneda que en el mayor grado posible de depreciación y circulando por todas las manos pone más de relieve la pública indigencia, y como resultado de todas esas causas, la inercia más desoladora, la más completa indiferencia a los goces y ventajas de la vida social que sirven de estímulos a los adelantos, y lo que es consiguiente, la natural rémora y resistencia pasiva a toda mejora<sup>7</sup>».

Creo imposible establecer qué grado de simpatía despertó entre los dominicanos la incorporación. No por falta de medios para su análisis; por la estructura social y política del país, dominado por una extenuante lucha civil e internacional por más de medio siglo, la amenaza siempre constante de Haití, el exilio de las minorías liberales y la falta de instituciones para la consolidación de sus ideas. Así, la inmensa mayoría del pueblo respondía sin vacilación al mando de sus jefes.

Con independencia de no poder saber el peso auténtico de los partidarios de la anexión, el rechazo activo fue posterior a esta. El apoyo popular, si existió, se debilitó a raíz de la rebelión de Moca, el 2 de mayo de 1861, y la represión posterior. Las autoridades españolas pidieron una amnistía, pero Santana prefirió ejecutar a 25 hombres, el 19 de mayo, precisamente el día en que se hizo oficial la reincorporación del país a la soberanía española. Las perspectivas no podían ser peores.

Con independencia de cuál hubiera sido la evolución posterior, el conflicto se resolvió en el interior del país. Internacionalmente, Haití rechazó la anexión, pero no representó realmente un problema, y Estados Unidos, que bastante tenía con su guerra civil, prácticamente tampoco. El resto de las potencias aceptaron el hecho consumado.

Desde el principio se observaron discrepancias entre los españoles: los políticos en la Península y los militares en las Antillas; por ejemplo, frente al opti-

---

<sup>7</sup> Cit. DOMÍNGUEZ (1979), pp. 197-8.

mismo de Serrano, muy pronto el general Domingo Dulce, gobernador de Cuba, manifestó sus dudas sobre la incorporación. Además, los esclavistas cubanos no eran partidarios de la anexión, por miedo a lo que pudiera significar la presencia de un territorio antiesclavista en la Corona.

De esta forma múltiples factores contribuirán al fracaso de la anexión: los enormes gastos humanos y materiales que trajo consigo, la falta de adecuación de la administración española a la realidad dominicana, la grave falta de sintonía entre los intereses españoles en las Antillas y la situación en Santo Domingo, el incremento de las contribuciones, los abusos de la administración de justicia con el incremento de las tasas, la tardanza en la conversión del papel moneda dominicana... y la estricta política religiosa. Un informe de la dirección de Ultramar de 1863 señala, entre las causas que explican la insurrección, «la excesiva severidad del clero español, respecto del casamiento civil, y muy particularmente la Pastoral del Señor Obispo contra los masones»<sup>8</sup>.

### *El problema eclesial*

El 7 de abril de 1858 había fallecido el arzobispo de Santo Domingo, Tomás de Portes. En junio de 1859 Pío IX dio su conformidad a la presentación de Antonio Cerezazo, dominicano emigrado a Puerto Rico. Muerto este antes de recibir la consagración episcopal, el Gobierno presentó una terna el 6 de septiembre de 1860: Andrés Rosón, elegido por unanimidad del Senado, Antonio Gutiérrez y el doctor Regalado. Andrés Rosón fue presentado con la aceptación previa de la Santa Sede. Con todo, sucedida la anexión, un español ocuparía la archidiócesis: Bienvenido Monzón.

El nuevo arzobispo expondría años después, en el Senado español, el 25 de enero de 1865, su primera impresión: «Me encontré con la catedral sin cabildo, sin estatutos, sin archivos, sin ministros, y sin las cosas necesarias para poder celebrar con decoro el culto divino en una iglesia arzobispal. Me encontré con feligresías sin párrocos, sin ornamentos, sin vasos sagrados, y hasta sin iglesia. Me encontré con un clero sumamente escaso y reducido, sin seminario y sin recursos bastantes para poder plantearlo. Me encontré sin misioneros, sin institu-

---

<sup>8</sup> Cit. GONZÁLEZ CALLEJA y FONTECHA PEDRAZA (2005), p. 124



tos ni congregaciones religiosas, sin un establecimiento de beneficencia. Por otra parte, señores, me encontré que el pueblo dominicano (le haré esta justicia porque soy un prelado), aunque conservaba y conserva todavía muy viva en su corazón la fe católica que allí llevaron nuestros padres, aunque conserva un gran fondo de fe, de piedad, de respeto y de veneración al clero y a la Iglesia, vivía sin embargo muy alejado de los santos sacramentos, y muy falto de educación e instrucción especialmente religiosa. Hablo en lo general, salvo siempre honrosísimas excepciones. Me encontré que la familia, primer elemento de toda sociedad, estaba envilecida y bastardeada por los resabios del llamado matrimonio civil, establecido en el código francés, que se adoptó allí en tiempo de la república y sobre todo por la parte del amancebamiento y del concubinato, que era por desgracia harto general en aquel punto. Me encontré con tres capillas abiertas al culto protestante, en los puntos más importantes del litoral de la isla»<sup>9</sup>.

En esta situación se iba a producir un conflicto entre el catolicismo dominicano y el proyecto arzobispal. Casi la totalidad del pueblo mantenía la fe y la moral católicas, pero, al tiempo, la situación no era halagüeña. Era muy baja la frecuencia de los sacramentos, casi nula la instrucción religiosa y los usos sociales estaban muy lejos de los preceptos católicos, multiplicándose la ilegitimidad, el amancebamiento y el concubinato. Con celo, no pocas veces excesivo, monseñor Monzón se enfrentó al problema.

Lo primero fue reorganizar la Iglesia. Ante la falta de clero y su mala formación, abrió un seminario; con la intención de reformar la situación del culto y clero, suspendió desde enero de 1862 el conferimiento de órdenes sagradas y la provisión de todo beneficio eclesiástico; en abril clasificó las 32 parroquias existentes en parroquias de entrada, de ascenso y de término y, a partir de mayo, comenzó a nombrar sacerdotes españoles para los altos puestos de la Iglesia dominica. La reforma económica terminaría de agravarlo todo. Se ordenó que la administración de sacramentos fuese gratuita, asignándose al clero un sueldo fijo, imputado a los 100.000 pesos del presupuesto para sacerdotes y gastos de culto. El clero, que con el sistema anterior conseguía mayores ingresos, no dejó de molestarse. Si en un principio no parece que manifestara entusiasmo ante la anexión, es comprensible que, ante lo que sintió como una agresión por parte del arzobispo, terminara apoyando la insurrección.

---

<sup>9</sup> Cit. DOMÍNGUEZ (1979), p. 281.

No menos perjudicial a los intereses de España fue, dentro de una política de reforma moral, la imposición de una nueva legislación matrimonial, la proscripción de los cultos protestantes y la persecución contra la masonería. El Código Civil francés, vigente en Santo Domingo, estipulaba que el matrimonio civil debía preceder al religioso, y que este no tenía ningún valor jurídico. Esto chocaba con la legislación española, que sólo reconocía como válido el religioso y, por consiguiente, se suprimió, el 4 de mayo de 1862, el matrimonio civil.

Pocas semanas después de tomar posesión, invocando la legislación española, Bienvenido Monzón denunció la existencia de varias capillas protestantes. Socialmente eran trabajadores de color llegados de los Estados Unidos en la primera mitad del siglo XIX. Se trataba, quizá, de un millar de metodistas y anabaptistas distribuidos entre Samaná, Puerto Plata, donde tenían, aparte de la capilla, una escuela, y la capital. Al parecer ejercían un fuerte proselitismo. Monzón, considerándolos una amenaza *revolucionaria* contra el orden social, prohibió su culto y provocó el recurso judicial de Estados Unidos y Gran Bretaña. Alegaban que España había aceptado reconocer como válidos los actos realizados por la República Dominicana desde su formación en 1844 y la existencia de tratados, como el firmado en 1850 con Gran Bretaña, que garantizaban la libertad de culto a los extranjeros.

Más grave fue el conflicto con la masonería, que tenía una gran influencia social. No eran raros, por ejemplo, los sacerdotes masones. Monzón, basándose en la legislación española, prohibió todas las sociedades secretas, hizo cerrar las logias y requirió a todos los masones, amenazándoles con la excomunión, la entrega de los documentos relacionados con su organización. La política del arzobispo provocó el rechazo de la clase alta y el apoyo de la masonería a la insurrección.

## 2. LA MISIÓN DE LOS PADRES MARURI, COTANILLA Y FELIU

### *El P. José Joaquín Cotanilla*

No es este el momento de presentar una biografía, por breve que sea, de un hombre tan interesante como el P. José Joaquín Cotanilla, pero es conveniente señalar algunos rasgos de su trayectoria vital y de su obra literaria para entender su misión en Santo Domingo. Nació en 1818 en Santa Cruz de la Zar-

za (Toledo). Con 16 años ingresó en el noviciado de la Compañía de Jesús en Madrid, siendo provincial el P. Antonio Morey, en el ambiente de tensión que antecedió a los asaltos a los conventos de julio de 1834. Entonces no sufrió graves peligros personales, pero la experiencia, que narraría por escrito en varias ocasiones, le marcó, como a otros muchos, para el resto de su vida. La primera fase de su formación, hasta su salida en 1837 al extranjero, estuvo llena de avatares diversos. Con la Compañía dispersa vivió en la casa de un ex militar, se retiró dos veces a su pueblo, reingresó en el seminario, estudió lógica a escondidas con el P. Olano... y, al mismo tiempo, fue conociendo a muchos de los que le acompañarían en América: Coldeforns, Félix del Val, Mariano Berdugo, etc. Terminó su noviciado en Mèlan (Saboya), donde permaneció hasta abril de 1842, y continuó sus estudios en Nivelles (Bélgica) y en la residencia de Vals-près-Le Puy (Haute Loire). Inmediatamente después de haber pasado los exámenes del segundo año de teología recibió el presbiterado, el 29 de septiembre de 1845, y fue destinado a Nueva Granada, donde llegó el 13 de enero de 1846. Con independencia de los numerosos viajes que realizó por América, su actividad principal la desarrolló en Colombia, Guatemala y Cuba. Regresó a España en 1867. De su labor, de la que dejó un pormenorizado resumen, cabe destacar su participación en la fundación de cinco colegios, en Medellín, Kingston, Guatemala, La Habana y Bogotá, el haber sufrido tres destierros, su colaboración en la fundación de las Esclavas del Sagrado Corazón y, por supuesto, sus libros, de los que él mismo reseña ocho:

1. *Diario desde 1834 hasta el año de 1886*. Para su labor en América interesa su primera parte: *Diario del Padre Cotanilla, S. J., desde el año 1834 hasta 1864*<sup>10</sup>. Tras una larga introducción sobre su ingreso en la Compañía y primeros años en esta, inicia el diario en 1847 y lo prolonga hasta noviembre de 1865, con una única interrupción provocada por la expulsión de la Compañía de Colombia en 1860. El 19 de julio de 1861 rompió sus notas. «Aquí me veo precisado a interrumpir, explica, por espacio de un año, mi diario cronológico, porque rompí los cuadernos en que tenía apuntados preciosos documentos, referentes, con los ordinarios del Colegio Seminario, a nuestras cosas, de las clases, etc., etc., otros muchos exclusivos a las peripecias, infidencias, traiciones y maquiavélicos planes de los revolucionarios mosqueristas, y de

---

<sup>10</sup> Archivo Histórico de la Provincia de Castilla de la Compañía de Jesús (Alcalá de Henares) AHPCSJ C-95.

algunos individuos de los del gobierno constituido, pero que, al fin y al cabo, sucumbió con el triunfo de Mosquera, enemigo de la Iglesia y de la felicidad de su desgraciada Patria, la Nueva Granada». Sólo en el *Diario* habla Cotanilla de Santo Domingo y la misión allí realizada.

2. *Historia de la misión colombiana de la Compañía de Jesús seguida de apéndices curiosos relativos a lo que hicieron en Jamaica, Ecuador, Guatemala, Cuba, México y Perú los mismos misioneros colombianos, después que fueron desterrados de la Nueva Granada en el año de 1850, hasta su vuelta a la misma República en 1858*<sup>11</sup>. Alguien puso en «nuestras manos, escribe Rafael Pérez<sup>12</sup>, apuntes del laborioso P. Cotanilla, bastante ordenados como para formar la Historia de la Misión de la Nueva Granada en sus dos primeras épocas... Creímos haber encontrado un tesoro, y lo era en realidad, pero no tan rico como lo deseábamos. En efecto, desde luego notamos que, como era natural, había deficiencias en los puntos en que no había intervenido sino sólo visto de muy lejos, u oído referir: que de los veinte años que trabajó la Compañía en Guatemala, sólo tocaba los dos primeros: nada de su traslado a Nicaragua y Costa Rica, ni de su larga permanencia en estas repúblicas, porque sin duda su plan se restringía a la Nueva Granada».
3. *Expulsión de los jesuitas de la América española en el año de 1767*.
4. *Vida de la Beata Margarita de Alacoque*.
5. *La Unión Católica, o médula de la planta mestiza y de sus frutos dados en España*, donde manifiesta sus simpatías integristas. En un mismo sentido recopiló documentos importantes y reservados sobre la Peregrinación Nacional a Roma de 1882.
6. *Mi viaje a Italia*, donde narra un viaje a Roma, en 1883. El mayor interés de esta obra son las opiniones que expresa sobre el proceso unificador italiano y el conflicto con la Iglesia.
7. *Mi viaje a París de un mes*.
8. *El centenario de Murillo en Sevilla en 1882* (inacabado).

<sup>11</sup> AHJPCSJ C-92. Con independencia del título, en los sucesivos cuatro tomos se extiende hasta 1865.

<sup>12</sup> *La Compañía de Jesús en Colombia y Centro-América después de su restauración*, Valladolid, 1896, tomo I, p. VI.

### *La misión de Santo Domingo*

El Gobierno de Isabel II, tras firmar el Concordato, decidió, en noviembre de 1852, restablecer en Ultramar varias órdenes religiosas y, entre ellas, la Compañía. Quería reforzar el sistema educativo en las Antillas. Con este objetivo, reabrió el Noviciado de Loyola para formar misioneros, y pronto envió los primeros a Cuba. Era el principio de una fructífera colaboración: se entregó a los jesuitas un local adecuado para establecer un colegio, se les ayudó económicamente, se les otorgó la independencia necesaria y se apoyó, casi siempre, sus pretensiones. Había en ello un claro objetivo político. «A más de las ventajas reconocidas en la educación que dan los padres jesuitas —dice el capitán general de Cuba— aparte el inmenso servicio que en la propagación de la sana moral y buena doctrina están haciendo en la Isla, puede asegurarse que son los depositarios del sentimiento español. Esto importa mucho, Excmo. Señor, tenerse en cuenta en las circunstancias actuales, y cuando se trata de que siga por un año más a cargo de los padres jesuitas de Belén la educación de la juventud que aun siendo de padres españoles, no es siempre por la Madre Patria por la que suele tener más afecciones»<sup>13</sup>.

Es en esta coyuntura donde se inserta el encargo del capitán general Serrano a los jesuitas del Colegio de Belén para que se dirijan a Santo Domingo e informen sobre el estado de la educación en la isla y la posibilidad de establecer un colegio. Marchan cumpliendo un objetivo religioso y, sin duda alguna, también político. Claramente lo expresa Serrano, el 1 de diciembre de 1861, en carta al general Santana, donde le encomienda atender con solicitud a los jesuitas en beneficio de «nuestros comunes intereses religiosos, sociales y políticos».

De regreso a La Habana, Cotanilla resume los resultados de su misión: «Yo fui a la isla de Santo Domingo en compañía de los padres Feliu y Maruri: estuvimos, después de un penosísimo viaje, 17 días en la capital de la isla, que me agradó mucho: fuimos muy bien recibidos por el general Santana, por las autoridades civiles y militares y por los principales de Santo Domingo, mas no del mismo modo por el vicario provisor, que siendo opuesto a la anexión se mostró frío y aun descortés con nosotros, y no pudimos por consiguiente hacer mi-

---

<sup>13</sup> Oficio reservado, núm. 485, 30/9/1866, del Capitán General de Cuba al Ministro de Ultramar; AHN Ultramar 142, exp. 2. Véase Francisco Javier GÓMEZ DÍEZ: *Resistencia y misión. La Compañía de Jesús en la América del siglo XIX*, Madrid, 2007.

sión formal; aunque sí predicamos unos 6 o 7 días por dar gusto al capitán general y demás señores y población, que todos quedaron satisfechos de nosotros y muy deseosos de que la Compañía se establezca allí, que tal es también el deseo de Gobierno de Madrid; y que hará sin duda alguna mucho bien en toda la isla»<sup>14</sup>. El *Diario* proporciona más detalles.

Salieron el 2 de diciembre de 1861, en un barco abarrotado de gente y casi sin camarotes, donde no recibieron atención alguna por parte de la tripulación. El viaje fue muy incómodo: durmiendo a la intemperie en cubierta, sufrieron «cuanto sufrir se puede en tan corto espacio de tiempo» porque el buque no era «para hacer viajes largos ni para llevar a su bordo gente decente». Llegaron a la ciudad de Santo Domingo el día 15, donde las autoridades civiles y militares les acogieron amable y servicialmente, «no así las eclesiásticas».

En las entradas sucesivas, entre el 22 y el 31 de diciembre, Cotanilla va señalando las principales circunstancias de la misión: las distintas prédicas de los padres; el trato recibido por parte del gobernador eclesiástico; la escasa asistencia de gente que, pese a intentar justificarla aludiendo al mal tiempo, contrasta con las narraciones que de otras misiones realiza Cotanilla en este mismo *Diario* o en su *Historia* y, en un claro tono de crítica, la forma en que celebran la Nochebuena: «Celebraron en esta Ciudad de Sto. Domingo con un incesante ruido de cohetes, triquitraques y ruedas de pólvora a no poderse sufrir, con varios otros desórdenes de gritos, cantares, y no muy buenos algunos». En estas circunstancias, el superior de la misión ordenó el 29 de diciembre a sus tres súbditos regresar a Cuba. El 1 de enero, lamentándolo mucho los amigos, embarcaron de regreso. Llevaban una carta de Santana a Serrano. Según esta, el pueblo dominicano les había «dispensado la aceptación benévola y sincera que era de esperarse». El informe que el 24 de diciembre envía el P. Maruri aporta información muy útil para calibrar esta afirmación<sup>15</sup>.

*El apoyo prestado por el poder político fue total.* Fueron recibidos y apoyados con afecto por las autoridades españolas y los hombres de Santana, en especial por los generales Antonio Alfau, el hombre de confianza de Santana, y Antonio Peláez de Campomanes, segundo cabo de la isla de Santo Domingo,

---

<sup>14</sup> Carta al P. Blas, 5/2/1862; AHPCSJ estante 2, caja 69. Misiones América: Escritos a Superiores. II. Pablo de Blas.

<sup>15</sup> Diario del Padre Cotanilla..., AHPCSJ C-95, p. 624 y ss.

pero también por Miguel Távira, en cuya casa pasaron tres días, Pedro Valverde, el gobernador civil, el coronel Bruno Gayoso o los responsables de la Real Hacienda, Manuel Zapatero y José Vanals. Resume el informe: «Nos han acogido con las demostraciones más afectuosas de estimación y de aprecio» e, incluso, han pretendido que uno de los padres permaneciese en la isla «por temor a que dejemos enfriar el negocio del colegio».

*El conflicto con el gobernador eclesiástico*, al que se acusa de ser la «cabeza del partido anti-español», de comportarse con respecto a Santana «como el alacrán que devora a su madre», teniendo en cuenta que fue elevado al cargo que ocupa por el mismo general, y de oponerse a la misión. Es difícil establecer las motivaciones reales de monseñor Meriño. Hay que tener presente que se había negado, ya en marzo de 1861, a solicitar la adhesión del clero a la anexión y que, un año después, en abril de 1862, Santana lo expulsaría de la isla. Con todo, paradójicamente se exiliaría en Puerto Rico, contaría allí con el inestimable apoyo del obispo Pablo Benigno Carrión, responsable en su día del establecimiento de los jesuitas en Puerto Rico, y del Nuncio de Su Santidad, que, con el obispo, lo consideraba un sacerdote distinguido por su *integridad, celo e instrucción*. No es posible pese a todo ignorar que se opuso a la misión jesuita. Muchos afirmaban que pretendía ser arzobispo y que veía su deseo inalcanzable de consolidarse la anexión. Maruri le visitó, le dijo que sólo permanecerían en la isla unos días y que todos sus gastos estaban cubiertos. Aun así, se opuso a la misión, la consideraba innecesaria en la capital y, si acaso, útil en los campos, donde faltaba clero, o en algún barrio pobre.

En esta situación los jesuitas intentan presionar a través del poder civil. Las respuestas no tienen desperdicio. El gobernador civil, encolerizado, llegó a decir: «Temo que Dios nos ha de pedir cuentas de haber puesto a ese hombre en el puesto», y Santana dijo que «siendo cosa de Iglesia, él no tenía autoridad ninguna, y que se le resistía sumamente el tomar el tono de suplicante con el Provisor de quien ni aun los últimos sacramentos tendría la fuerza de recibir, sino que si se hallase en el artículo de la muerte sin otro sacerdote, se abrazaría con el crucifijo pidiendo a Dios misericordia».

Los jesuitas decidieron *pasar por todo* y predicar sin hablar explícitamente de misión.

Con respecto al *problema protestante* lamentan el proselitismo de estos. «Hay aquí una capilluca de protestantes ingleses —escribe Maruri—. El *parson* o ministro, o su predicador, es un carbonero contrahecho y con las piernas tor-

cidas; asisten a sus prédicas algunos cuantos negros. En las últimas fiestas que se celebraron aquí en honor de Santa Bárbara el orador, predicando desde el púlpito el día de la Santa, exclamó dirigiéndose a las mujeres, diciéndoles: *Sed, hermanas mías, sed humildes, sed fervorosas y caritativas, sed imitadoras fieles de esta gloriosa santa, y llegaréis a ser con el tiempo verdaderamente unas bárbaras*».

En lo relativo a *la posibilidad de abrir un colegio*, los jesuitas, que no debían tener mucho interés en la aventura<sup>16</sup>, estudiaron dos locales: el antiguo colegio de la Compañía, que encontraron en muy mal estado, y el Convento de Dominicos, situado en un barrio mejor y con un amplio local. Aun así, no creían viable el colegio siendo la ciudad reducida, pobre y, por tanto, con poca gente capaz de satisfacer el coste de este tipo de enseñanza.

Por último, incluyen unas reflexiones sobre la viabilidad de la anexión. Aunque puedan resultar chocantes, las reflexiones de este tipo no son infrecuentes en la correspondencia de los misioneros jesuitas decimonónicos. «Varias coincidencias —dicen— se cuentan de la época de la anexión. Una es que cuando llegó a puerto la primera escuadra española, estando los albañiles picando la pared de la sala consistorial, cayó un trozo de pared y se descubrió el retrato de Colón presentando el Nuevo Mundo a los Reyes Católicos. Otra, que el general Serrano llegó a esta ciudad, sin saberlo, el día mismo de Santo Domingo. Otra, que en la fachada de la iglesia de la Compañía hay una tabla con las armas de España; con el tiempo, los republicanos la borraron y pusieron las armas de la república. Vinieron después los haitianos borrándolas y pintando las suyas; pero el tiempo fue borrando todas estas capas de pintura, y ahora se distinguen las armas de España y de Austria que van saliendo como de una nube. Otra, que viéndose Colón, en su tiempo, con doscientos españoles, invadidos por cien mil indios cortó una rama de un níspero, y formó una cruz, con la cual venció a los indios. Esta cruz fue colocada en el Santo Cerro, cerca de la Ciudad de Santiago; y el níspero, aunque seco, se conservó hasta hace unos

---

<sup>16</sup> De esta posibilidad nunca más se habló, la situación de la isla no lo permitía y, sin ningún género de dudas, la Compañía, considerando las dificultades existentes en otros colegios antillanos, no debía tener ningún interés; véase Francisco Javier GÓMEZ DÍEZ: «La educación jesuita en Puerto Rico (1858-1886). Entre la sustitución del Estado y el seminario colegio», *Mar Oceana* 5 (2000), 91-122, y «La marginación de Puerto Rico en el sistema educativo español. Rivalidades y tensiones en torno al colegio jesuita (1858-1886)», en Enrique MARTÍNEZ RUIZ (coord.): *Vínculos y sociabilidades en España e Iberoamérica. Siglos XVI-XX*, Madrid, 2005, UCM.



tres meses que ha reverdecido de nuevo». Manifestaban así una confianza muy escasamente realista.

Con posterioridad, el P. Cotanilla mantuvo correspondencia con las personas que había conocido en Santo Domingo. Le mantuvieron informado del desarrollo de los acontecimientos, en especial Bruno Gayoso, quien, muy significativamente, manifestó su confianza en que las cosas mejorasen tras la expulsión de Meriño<sup>17</sup>. No menos interesante es la última entrada que Cotanilla dedica en su *Diario* al caso de Santo Domingo, en julio de 1865, donde tras reconocer la responsabilidad de todos, españoles y dominicanos, en el fracaso de la anexión, acusa a los masones de ser los máximos culpables. «Los dominicanos grandes y pequeños —escribe— eran y son, en su mayor parte, masones; y varios de nuestros españoles no tuvieron a menos tampoco en alistarse en sus ridículas pero infernales logias.» Lo cierto es que el gobierno dominicano se había visto incapaz de controlar a los grupos guerrilleros que lo combatían, y estos grupos se volvieron rápidamente contra los españoles; el pleno dominio territorial de Santo Domingo duró poco más de un año y, luego, todo quedó en una guerra civil en la que España no tenía nada que ganar. Comenzaron las críticas políticas a una decisión que podía ser equivocada y que por de pronto exigía una guarnición de 30.000 hombres, que arrastraría 16.000 bajas, y unos gastos de 392 millones de reales. Mientras gobernó O'Donnell, Santo Domingo permaneció bajo soberanía española, pero eran muchas las voces que pedían el abandono. Para España el desastre fue económico, humano y político, al acelerar la crisis del reinado isabelino y alimentar el levantamiento cubano de 1868.

---

<sup>17</sup> AHPCSJ estante 2, caja 71. Misiones América. Escritos P. José Joaquín Cotanilla. Doc. 1.